

considerar la tragedia hamletiana desde otro ángulo y con otras connotaciones. Así se obtiene una visión más actual y compleja de una obra tan real como ilusoria.

José Manuel González

Arsenio Sánchez Calvo. *Miguel de Unamuno y E. M. Forster: temática y técnica novelística*. Valladolid: Universidad de Valladolid, 1989, 335 pp.

Comparar es siempre tarea difícil, y, como tal, encomiable. Comparar lo hasta ahora no comparado es, además de difícil, arriesgado. Delata la curiosidad intelectual del autor, su entusiasmo por el tema y un afán de abrir nuevas perspectivas, no únicamente en el ámbito de la Filología inglesa, sino también, en nuestro caso, en el de la española. Sánchez Calvo reconoce desde el principio la audacia de su empresa. Reconoce, por ejemplo, que muchas de las comparaciones que establece pueden parecer sorprendentes. Algunas, en mi opinión, lo son, pero convencen; otras, en cambio, resultan, en una primera lectura, más difíciles de asimilar.

La estructura del libro es clásica. Partiendo de las biografías de Unamuno y Forster, se pasa por las influencias literarias de ambos escritores para llegar al análisis de sus novelísticas a la luz de temas tan amplios como "lo trascendente," "el problema de la existencia de Dios," "la muerte y la inmortalidad," "la naturaleza frente al progreso industrial," "las relaciones humanas," etc. Se abordan todos y cada uno de los temas que cualquier escritor, desde Chaucer hasta Barthelme, podría imaginar. La intención es adecuada, porque se procura así acercar más a los novelistas en cuestión. Pero en algún momento parece que el proyecto sobrepasa los límites de un solo libro.

Forster y Unamuno ni se conocieron, ni se citaron, ni se leyeron. Vivieron la misma época pero contextos completamente diferentes. Por tanto, no creo que el mero hecho de tener una cronología paralela pueda ser una de las razones para compararlos. Tampoco que ambos escritores sean "muy prolíficos" (p. 16). Éstos son, quizás, los puntos de partida menos sólidos del libro. De ser ciertos dichos fundamentos, se podría comparar casi a cualquier artista con cualquier otro por el mero hecho de ser contemporáneos o prolíficos: a Donald Barthelme con Juan Goytisolo, a Walter Abish o Kathy Acker con Miguel Delibes. Comparar implica, sin duda, tener mucho cuidado. El análisis ha de ser rigurosísimo, y no sólo se deberá tener en cuenta la obra, sino también la actitud.

En vez de tratar tantos y tan variados asuntos -personajes, temas trascendentales comunes, técnicas novelísticas, etc.- quizás hubiese sido deseable analizar en profundidad uno solo, tal vez el concepto de *realidad* en estos dos novelistas. El tratamiento que Unamuno y Forster hacen del tema es, sin duda, diferente, pero acaso pudiera haber servido para escudriñar las asimismo distintas épocas de ambos artistas. Además, la concepción unamuniana de la realidad es profundamente contemporánea (¿o tal vez es mejor usar ese término tan de moda hoy, "poscontemporánea"?). Unamuno adopta una actitud muy semejante -salvando las distancias- a la de Baudrillard cuando afirma que el

hombre debe dudar de su propia existencia sustancial, de que sea algo más que una ficción, una sombra, un sueño o el sueño de una sombra. Es terrible, afirma nuestro filósofo, que el hombre esté convencido de su propia realidad de bulto. La realidad de Forster es la de un mundo colonial, la de Venecia, la India o Inglaterra. Y aunque en ella también se den, sin duda alguna, relaciones íntimas entre los personajes, la de Unamuno es una realidad mucho más vaga, más nebulosa, más ontológica, si se quiere. Como leemos en alguna de sus obras, sus protagonistas se forjan a solas, pues, según dice Unamuno en "Soledad," no hay más diálogo verdadero que el que entablamos con nosotros mismos, sólo en la soledad podemos llegar a conocernos. Sus personajes no son sino figuras que forman las nubes del humo del cigarro, son hombres y mujeres que no sucumben a las grandes penas ni a las grandes alegrías, porque esas emociones están embozadas en una inmensa niebla de pequeños accidentes. El sueño de uno solo es la ilusión; el sueño de dos, la verdad; y el mundo real, el sueño que soñamos todos.

Sánchez Calvo emprende, pues, una tarea audaz que, acaso por su mismo ímpetu, aborda demasiado en demasiado poco, estableciendo comparaciones excesivamente lejanas que, tal vez si su tratamiento hubiese sido más reducido en número, hubiesen resultado más convincentes. No obstante, de haberlas abordado como aquí se propone, el libro tampoco habría conseguido algo que logra ampliamente: ofrecer una aproximación comparada y un análisis extenso de la obra de dos novelistas conocidos y emprender una línea de investigación hasta hoy inédita.

M. Carmen Africa Vidal